



(Dibujó Lira)

EL MITIN (FRAGMENTO)

POR EUGENIO GONZALEZ R.

Desde la mañana, un silencio extraño, plúmbeo, gravitaba sobre la ciudad.

Por las solitarias calles circulaban escasos tranvías. Los almacenes del centro no exhibían sus escaparates llamativos. Uno que otro transeúnte iba, al azar, con el paso tardo de quien no tiene obligación que cumplir. En las esquinas, refugían las armas de los piquetes militares.

Flotaba una pereza dominical en la atmósfera afiebrada por el sol de estío; sin embargo, algo que no era una emoción de calma, sino más bien la tensión de fuerzas terribles, en quietud de angustiosa espera, se advertía en el silencio que bajaba pesadamente desde el hondo espacio azul.

Grupos abigarrados empezaron a juntarse en la Alameda. Venían de los barrios pobres, con un aire de encono, haraposos, indolentes, y bajo los árboles acicalados por la diligencia municipal, se tendían descansando. Otros se agrupaban alrededor de los bancos del paseo para escuchar la prédica de hombres entusiastas, de brillantes ojos, que hablaban de hermosas y vagas esperanzas nunca realizadas.

Nadie hubiera podido precisar qué designio movía a las masas de

los arrabales y las empujaba hacia la gran avenida, con sordo rumor oceánico. Nadie, en realidad, sabía nada, pero una voz de orden había circulado misteriosamente por fábricas, talleres y suburbios, exaltando los corazones en un sombrío anhelo sin forma y sin nombre.

—¡Obreros, a luchar! ¡Exijamos pan y justicia! ¡Viva la huelga!

Y todos los que trabajan desde la madrugada hasta el anochecer — los hombres de rostros lívidos y curvadas espaldas, las mujeres deformadas por la sucia miseria, los muchachos andrajosos que nunca tuvieron la alegría matinal de ser jóvenes — corrían a cobijarse bajo los estandartes de la huelga, con una especie de taciturno frenesí.

Los guiaba un indefinible, aunque poderoso instinto. El áspero sol hería las pupilas y diluía la visión: un ensueño luminoso, inmenso como el mundo, reemplazaba a la realidad de todos los días, la realidad ingrata de los muros desnudos entre los cuales el sueño renueva la gastada energía, para que a la mañana siguiente, recomience la faena que sólo termina con la vida.

Ahora se sentían, por un momento, fuertes y libres, a pesar de los soldados que miraban, soñolientos, desde las esquinas, apoyados en sus fusiles. Los grupos iban aumentando, uniéndose unos con otros, transformándose en una masa ondeante, rumorosa, sobre la cual flameaban las banderas rojas de los sindicatos. Hombres venidos de los arrabales traían noticias:

—Los tranvías se han plegado al movimiento.

—En la Avenida Matta la policía atacó a un grupo de manifestantes. Hubo un muerto. Heridos...

—Los regimientos están listos en sus cuarteles.

—¡La burguesía tiene miedo!

Sacudimientos nerviosos se propagaban, con las palabras inquietantes, de grupo en grupo. Improvisados tribunos se alzaban en los bancos. Oíanse gritos subversivos que se apagaban, a lo lejos, creados por la multitud cada vez más compacta, más entusiasta. El hervor rebelde se acentuaba. Refulgía el sol en los blancos edificios, en los rieles de los tranvías, en el polvo gris de la avenida. Azul, sin una nube, el cielo parecía refractar, también, como un inmenso espejo, la cruda luz de mediodía.

No había donde cobijarse para eludir el asedio del calor. Mezquina la sombra de los árboles — dados, simétricos — que se alineaban a ambos lados de la avenida central. Pero había que permanecer ahí, esperar a los demás que ya se aprestaban, en los suburbios, formando columnas detrás de los estandartes, para venir a sumarse a la muchedumbre que pedía justicia.

Nadie debía faltar.

¡Nadie!

Todos férreamente unidos serían fuertes, irresistibles. La burguesía debía comprender alguna vez el poder del pueblo. Había que demostrárselo con la presencia tumultuosa de un desfile que se extendiera en el tiempo y en el espacio, avalancha amenazadora que ojos temerosos verían pasar desde las ventanas entreabiertas de los palacetes.

De los barrios apartados llegaban, a cada instante, nuevos contingentes obreros: hombres de aspecto fatigado, sucios, de aviesas miradas que resbalaban por los muros de las casas elegantes con rencor sombrío. Haraposos grises como el destino. Cuerpos sudorosos. Bocas contraídas. Muecas. Gritos.

Todos se parecían como hermanos...

Amontonados en torno a la estatua de O'Higgins, esperaban la llegada del Comité Ejecutivo que presidiría el comicio. Por entre la muchedumbre circulaban vendedores de refrescos y empanadas, y algunos suplementeros improvisa-

dos que voceaban los periódicos revolucionarios:

—Compre "El Socialista", compañero. Instrúyase.

—¡Horchata heladita!

—"Aurora Roja" ¡El periódico libertario!

Aburridos con la espera que se dilataba, los hombres compraban refrescos, comestibles y periódicos. "Aurora Roja", mensualario anarquista, dedicaba largos artículos, constelados de adjetivos, contra el Estado, origen y causa de toda iniquidad. "El Socialista", en cambio, hacía propaganda a la organización política de los trabajadores a fin de conquistar puestos en el Parlamento. Ambos se dedicaban feroces diatribas, acusándose mutuamente de "lacayos de la burguesía" y "ganchos del capitalismo".

La masa, ajena a las sutilezas doctrinarias, compraba indistintamente el periódico ácrata o el periódico socialista. Los dos le halagaban el gusto con descripciones de la sociedad futura y le proporcionaban unas cuantas ideas simples, fáciles de comprender, reducibles a fórmulas eufónicas: "La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos". "La propiedad es un robo". "Hay que destruir la hidra del capitalismo".

Con esas frases tenía la multitud bastante para explicar su instinto oscuro. Lo que le importaba era luchar, ir hacia adelante, amenazar al enemigo poderoso y múltiple. Destruir. Destruir. Las palabras eran sonidos vanos que flotaban y se perdían en el ambiente bochornoso, signos inertes que se confundían en la retina deslumbrada por el reflejo del sol sobre los muros blancos.

—Adelante, compañeros! ¡Viva la huelga!

Marchaban hacia adelante, sin saber a dónde, pero marchaban, río turbio de gritos y hedores que se diseminaba por las calles de la ciudad y venía a arremasarse en torno a la estatua del héroe que señalaba, en el arranque de un galope fantástico, una ruta ilusoria. Hacia todas partes se extendía la marcha gris de la multitud, como una marea, como un crepúsculo.

De improviso los grupos dispersos se arremolinaron y una gran ola rumorosa fué a estrellarse en las gradas del monumento. Había llegado el Comité Ejecutivo. Sus miembros se distinguían por una cintita roja colocada en la solapa. Los obreros se los indicaban unos a otros con tono de importancia:

—Ese de anteojos y pera, parecido a Trostzky, es Contreras, secretario general de los metalúrgicos.

—Y ese otro melenudo es del Grupo anarquista "Alborada".

—¡Silencio! ¡Vilches va a hablar. ¡Silencio! ¡Silencio!

cesidad ha penetrado en el sentir de una mayoría.

Probablemente muchas de estas ideas no han alcanzado su perfección de detalle; pero eso no vendrá sino en la libre discusión y el debate amplio, al que concurren todos los hombres capaces. Democracia o socialismo, las ideas se imponen como los individuos en la confrontación de sus semejantes. Cuando son sanas, vigorosas, las ideas buscan con gusto ese debate, porque salen de allí enriquecidas. No tema el escritor a la plaza pública. Los griegos nunca la temieron sino que la buscaron, y esto no impidió que en la hora debida alumbraran entre ellos artistas y pensadores inmortales.

Ernesto Montenegro.

EL MITIN

El orador, ayudado por un grupo de compañeros, trepó hasta la plataforma de la estatua y se dispuso a hablar. Pestañeaba, urgido por el sol que le golpeaba de frente la ancha cara cetrina reluciente de sudor. Erguido, recio, alzó el brazo tribunicio pidiendo silencio y la muchedumbre, a sus pies, se fué poco a poco inmovilizando en una atención de espera.

—Compañeros....

La voz metálica, dura, vibró en el aire, prolongando sus resonancias hasta las últimas filas, y fué a rebotar en un eco violento al otro lado de la calzada. Y la muchedumbre ávida fué como un sur-

co de esperanza sobre el cual, desde arriba, el orador iba diseminando las palabras que fructifican, un día cualquiera, en acciones de rebeldía; palabras cotidianas como el dolor, sencillas como la verdad.

Caían, caían sobre la muchedumbre las palabras. Mejor, tal vez, sería decir que el palpitante y contenido clamor de aquellos seres subía en invisibles ondas y se hacía voz en el tribuno, porque cada quien sentía expresados su oculto anhelo y su miseria temerosa en las palabras de Vilches.

La taciturna ansiedad, la rabia secreta y terrible, el deseo de una limpia felicidad nunca alcanzada, el odio, la evidencia de una secular injusticia, todo eso que flota, invisible y pesadamente cruel, mezclado con el humo de las usinas, sobre los suburbios, daba a las palabras vulgares de Vilches la misteriosa elocuencia que encuentra el camino de las almas.

—Somos la fuerza y somos la justicia. ¡Unámonos para vencer!
¡Salud, compañeros!

Cuando el orador abandonó la tribuna, los brazos se alzaron, delirantes, en el aplauso, las gargantas se hincharon en un clamor unánime. Algunas mujeres lloraban. Sólo el hombre que había desencadenado la oscura emoción de las masas, permanecía sereno, al pie del monumento, enjugándose la frente sudorosa. Miraba en torno suyo como absorto en un pensamiento secreto.

Eugenio González.